



**JOSÉ LUIS
SAMPEDRO**

**El caballo
desnudo**

En la pequeña ciudad de Villabruna, encerrada en sus rancias tradiciones y en su sórdido provincianismo, se produce un notable revuelo y las almas pías se disponen a una cruzada en favor de la decencia. El motivo es muy sencillo: una mañana en la alameda, un niño llamado Adolfo ha dicho a su tía doña Evangelios ¡Tía, mira, ese caballo va desnudo! A partir de ahí se produce el revuelo, que llevará a la fundación de la Liga para la Moral Animal, cuyo fin es defender los valores espirituales de la sociedad villabrunense, amenazada por el Enemigo Malo... Bajo la apariencia de una historia teñida de humor e ironía, esta novela reconstruye la vida de una ciudad provinciana que, a su vez, reproduce microscópicamente el macrocosmos de la España de la Restauración, aquella España fantasmagórica ya a punto de fenecer en ese mismo año de 1917.

EL FAUNO VESTIDO

¿Por qué el *Fauno Vestido* no es tan famoso como la *Maja Desnuda*? Después de todo, muchas duquesas (y hasta princesas) posaron desnudas y siguen hoy provocando en efigie al codicioso público. En cambio, ningún artista se sintió jamás con arrestos para atreverse a reprimir lo irreprimible, ciñendo púdicamente caderas faunescas. Y menos con calzón de mármol.

España posee la única excepción del mundo, aunque apenas se conozca el hecho, pues en estos tiempos es más fácil divulgar la inmoralidad que la decencia. Pero «España es diferente» y esa concreta diferencia ha suscitado ya una muy acertada iniciativa de las autoridades que concibieron tan oportuno lema. Hoy, por fortuna, la admiración colectiva al *Fauno Vestido* de Villabruna es el broche de oro en una de nuestras excursiones organizadas: la C-17.

El rito turístico se celebra todos los viernes, durante el verano. Viernes: *vénere die* o día de Venus, día santo del Islam, día de pasión para el cristiano. Mera coincidencia, pues la elección oficial de la fecha no se debe a eso, sino a razones técnicas de coordinación entre los varios trayectos oficiales que hoy promocionan la Castilla incógnita. En ese rito semanal culmina la serie de emociones ofrecidas a los viajeros de la *Ruta del Siglo Nono*, que un folleto oficial—cuya cincelada y autorizada prosa no podemos mejorar—describe con estos párrafos:

«Para llegar al fondo de la verdadera España, la diamantina España (en frase de Ramiro de Maeztu), nada puede sustituir a la *Ruta del Siglo Nono*, verdadero viaje al tiempo de los Fruelas y los Ordoños, cuando la patria primigenia apuntaba, recia y temblorosa, frente a la invasión

de la morisma. No espere el viajero admirar en esa ruta catedrales o castillos, ni rendirse ante industrias o grandes obras públicas, ni siquiera ante feracidades del paisaje. En aquel tiempo no había nada, y por eso nada se ofrece al peregrino, presentándose así auténticamente los orígenes gloriosos de la historia patria. Y en medio de esa nada, como el surtidor en el jardín solitario, como la cuerda única del rabel pastoril en el silencio, los breves y elementales goces del viajero contrastan con la austeridad geológica del escenario, y alcanzan así una intensidad que jamás podrá ofrecer la abundancia levantina o andaluza.

»La *Ruta del Siglo Nono* recorre la región llamada hoy el "Altozano" o piedemonte entre los riscos cántabros y la meseta castellana. Eje del dinamismo reconquistador en el siglo IX, quedó luego al margen de la historia, pues las gentes se desplazaron en su mayoría a tierras menos ásperas. Por eso se conserva como hace mil años, sin adulteraciones culturales de la grandeza originaria, y así continuará sin duda mucho tiempo, pues, por fortuna, las investigaciones geológicas más recientes alejan el riesgo de descubrimientos petrolíferos. El viajero que, con las montañas como telón de fondo, recorre sus solitarias parameras y atraviesa los pueblos abandonados por la emigración, va sumergiéndose poco a poco en el pretérito, hasta sentirse en aquellos oscuros siglos que apenas conocemos, pero sin los que no habría nacido la Castilla de Fernán González, madre de la España triunfal de Isabel y de Fernando.

»No se entienda, sin embargo, que la *Ruta del Siglo Nono* carece de atractivos, siquiera sean al nivel de humildad y pureza deliberadamente calculado para sentirse en la altísima Edad Media. El deleite más vivo nos asalta, una y otra vez, ante los bien alineados chopos de Matallón, ante el famoso barranco de La Colgada, ante la cueva de Treleña, donde moró San Caspio, antes de fundar el cercano cenobio de Lavesga (hoy totalmente desaparecido); ante las supuestas ruinas de Astrúmiga, que habrán de sacar a luz

excavaciones ya programadas; ante la ermita de Santa Inoranda (patrona del mal de ijada) o ante las aguas termales de Rebañuelo, que ya empiezan a despertar el interés de un consorcio financiero hispanofrancés.

»Por añadidura, el paladar encuentra también satisfacción, al gustar en la "Venta del Ballestero" un yantar de aquel siglo nebuloso, cuya receta custodian amorosamente las cocinas de la comarca, en toda su primitiva y encantadora simplicidad. La base es el sabroso *panazo* del Altozano, enorme hogaza partida horizontalmente y entre cuyas dos mitades se introduce "lo que Dios dé", según expresa el habla ingenua del país: unas jugosas cebollas o el ovejuno queso estimulado con un "ajo restregao", más alguna tajada de caza fuertemente condimentada. A ello da brioso acompañamiento el recio vino de Fresnedilla, uno de los mejores caldos españoles si no fuera por su escaso *bouquet* y por su aspereza, que los rústicos métodos de elaboración y crianza no cuidan de corregir. Algunos días también alcanza a gustar el viajero los exquisitos cangrejos del Torilla, únicos en el mundo como asegura el refrán ("los cangrejos del Torilla, solo el Torilla los cría"), y al cabo nunca falta el postre, el clásico *corrusco*, o pan debidamente endurecido que luego se baña en leche de oveja, completándose así las emociones medievales de la ruta. Advirtiendo, para disipar fundados escrúpulos, que la autoridad eclesiástica se ha dignado dispensar de la vigilia a los turistas inscritos en la Ruta, dado que la comarca no ofrece otras posibilidades gastronómicas y que las exigencias para la coordinación del material turístico imponen el viernes para la *Ruta del Siglo Nono*».

Los párrafos transcritos dan suficiente idea de la famosa Ruta, cuya etapa final ofrece el prodigio del *Fauno Vestido*, en la Muy Noble y Muy Leal Villabruna. El escenario del rito es nuestro parque público, hoy llamado del Generalísimo, antes de Pablo Iglesias, antes de Alfonso XIII, antes de la Constitución, y siempre, para los allí nacidos, la Alameda.

Más exactamente, la Glorieta del Mirador, situada al final del paseo y asomada, un poco en alto, al vasto horizonte ocre de la llanura.

A la Glorieta concurren, hacia las cinco de la tarde, los oficiantes locales del rito, fijos algunos y eventuales otros. Nicanor Fernández, guarda jurado del parque y espantador feroz de enamorados en las frondas, se lamenta de no llevar ya su vieja tercerola, que eso sí que infundía respeto. Ambrosia, sin apellido y prácticamente viuda (no del todo, pues su difunto Eladio se negó siempre a casarse con nadie), instala bajo un plátano, con la debida licencia, su puesto de botijos, postales, bordados, cucharas pastoriles de palo y otras baratijas, bajo el rótulo de *Souvenirs*, que le aconsejó enarbolar la señorita guía de la Ruta. Saturnino Gelves aporta su chirriante carrito con bebidas y bocadillos, y Acisclo, deficiente mental inofensivo, concurre también al acto, como a todos los demás espectáculos callejeros, invariablemente animados por su presencia. Entre los eventuales figuran unos cuantos chiquillos, algún soldado de la guarnición, varias mozas, un par de sacerdotes que dan una vuelta antes de acudir al coro vespertino en la Colegiata, y los transeúntes que en el momento acierten a pasar.

Poco tarda en oírse el estrépito del autobús azul. Frena con un rasguido de gravilla al pie de la Glorieta y queda envuelto en la nube de polvo que le viene siguiendo por todas las provinciales carreteras del trayecto. Se abren las puertas, emergen los ruteros y la guía los arrebaña para conducirlos a la ceremonia, mientras el chófer suele acercarse a echar un vaso de vino en el carrillo de Saturnino.

La guía conduce a su grey por entre los rayos evónimos del jardincillo —trazado que fue por el culto y ya difunto jardinero del Ayuntamiento don Primitivo de la Puerta— y los sitúa ante la estatua motivadora de la peregrinación: el famosísimo *Fauno Vestido*. Se hace un silencio y comienza el rito. Es muy breve. La guía invita a la admiración ante el extraordinario ejemplar grecorromano de sátiro danzante

que se yergue en ese mismo pedestal desde finales del siglo XVIII. Exhorta a las señoras y señores del grupo a notar la singularidad de tal obra de arte: de la cintura a los muslos del fauno, unos marmóreos calzones cubren las posterioridades del mítico ser, así como ciertas protuberancias delanteras que en otras representaciones artísticas suele tapar la consabida hoja de parra del pudor oficial.

Los ruteros sonríen, se asombran, comentan y fotografían. Algunos se dispersan por la Glorieta o se acercan al puesto de la Ambrosia. La guía deduce del espectáculo la debida lección, advirtiendo a los turistas que de ningún modo interpreten la estatua como un signo de moral inquisitorial o censurante. Lejos de caer en esa leyenda negra, deben ver en el *Fauno Vestido* una prueba de la tolerancia hispánica, pues la estatua bien pudo haber sido simplemente destruida como objeto pagano o, mejor aún, sustituida por una efigie de San Mambricio, fundador del hoy desaparecido convento, asentado en los propios terrenos de la actual Alameda. Con esas formativas consideraciones se da por terminado el rito y los viajeros vuelven a acomodar sus amedievalados cuerpos en los asientos del autobús, para concluir la penosa digestión del clásico *panazo*. Una nube de polvo empequeñeciéndose constituye el último rasgo de la ceremonia.

Y así, viernes tras viernes, la guía y los peregrinos pasan rozando, sin sospecharlo siquiera, una de las más estupendas historias sobrevenidas en este trozo del planeta: la que dio lugar al encalzonamiento de la pagana criatura. Pues la trabadora prenda no nació con la estatua. Basta fijarse para advertir que el calzón lo constituyen dos piezas de mármol ensambladas y superpuestas a la estatua original. El Fauno tiene de todo, señoras y señores, bajo su moderna cárcel de Carrara, y los calzones le fueron impuestos hace alrededor de medio siglo en un acto cívico mucho más interesante que el actual rito de los viernes.

Pocos podemos contarlo ya. Don Abel Entrepeñas, por ejemplo, conocía muy bien la historia, pues la vivió como notario recién llegado a la ciudad, a principios de 1917, poco antes de aquella voraginosa primavera en que se agitó Villabruna y se tambaleó hasta sus cimientos. Pero don Abel falleció —¿quién había de decirlo?— en la cárcel provincial, donde se hallaba recluido en atención a su imprudente ingreso en el partido de Izquierda Republicana, allá por el año de 1934. También sabía del asunto —y supongo que mucho, porque confesó regularmente a algunos de los principales personajes— el M. I. S. don Leonardo de la Hoz, canónigo de la Colegiata, cuya vida se extinguió pocos años después en la paz del Señor. Otro canónigo, don Remigio Beléndez, era asimismo por entonces el consiliario de las Pías Damas y hubiera podido contarnos mucho de no haber sufrido el 14 de abril de 1931, cuando ya era arcipreste, una mortal apoplejía, causada por su comprensible disgusto ante la implantación de la República. Al teniente Astúriz lo mataron los moros en un ataque a Zeluán, y Evangelina, la admirable y dulcísima Eva, heroína de la historia, falleció hace algunos años dejando un irremplazable vacío en la presidencia de las Pías Damas de la Pureza Cristiana, cofradía de tanta raigambre en Villabruna.

Bien mirado, quizá yo sea el único que conoce la mayoría de los hilos urdidos y destrenzados en aquellas frenéticas semanas. Solo eso me decide a olvidar mi insignificancia, y me anima a dejar a la posteridad estas aleccionadoras memorias sobre el Caballo Desnudo. Porque el vestimiento del Fauno fue consecuencia de la devastadora presencia en nuestra villa de un caballo desnudo, maléfico y violento.

Canta, pues, oh musa, la llegada del Rojo Caballo; dinos cómo holló las calles y las almas de Villabruna con sus azufradas pezuñas, cómo inficionó los corazones con su aliento deletéreo, cómo caracoleó sádicamente sobre personalidades honorabilísimas, cómo el Señor permitió la tentación de un pueblo entero y cómo, en fin, volvió a reinar el orden

más morigerado, cual corresponde a una Muy Noble y Muy Leal Ciudad de estas hispanas tierras. Sirva este relato para que a todos nos edifique la más sana moral, para que aprendamos a reprimir nuestras pasiones, a no codiciar bienes ajenos (y menos aún a la encantadora mujer del prójimo), a no rehuir las fatigas de este valle de lágrimas. Pues escrito está, en los más nobles e inspirados códigos, que solo el orden social y el perseverante trabajo conducen de consuno al coche utilitario y a la paz del alma.

EL CABALLO DESNUDO

1

EL CABALLO DESNUDO

Nadie sospechó nada: ¡estaban todos tan encastillados en sus vidas de siempre, petrificadas por el orden milenario! Vivían atrancados de piel para adentro, ejecutando por fuera los gestos prescritos, barriendo hacia el pozo negro interior cualquier imprevisto, que desaparecía como las heces por los sumideros de las casas. El sistema funcionaba sin escándalo, la ciudad era apacible hasta el aburrimiento, las sonrisas educadas florecían en las bocas, y las reverencias, y los «tendré sumo gusto» y «a los pies de usted». Los niños crecían, incorporándose a la gran representación social, aprendiendo sus papeles dócilmente, sometándose al Manual de Urbanidad antes acatado por sus padres: el de don Antonio Carreño, ilustre Gobernador que fue de la provincia de Cádiz.

No hubo presagios ni agüeros. No se revocó el humo chimeneas adentro, no malparieron ovejas, no se encontró una culebra buscando calor bajo la lamparilla del sagrario (como cuando el último ramalazo del cólera), no se quebraron espejos ni despidieron luz sobrenatural las reliquias de Santa Bienvenida. Sobrevino sin amagos ni amenazas. De pronto el mundo hizo ¡crac! y por la grieta penetró el escándalo de golpe, sin dar tiempo a exorcismos. ¿Cómo fue posible? No, ningún traidor abrió la poterna. En la segura maquinaria del Orden no hay hueco para traidores. Fue, claro está, un inocente; alguien todavía no engranado al

mecanismo. Como en el cuento del rey desnudo, un niño descubrió la verdad y fue la chispa que encendió otra carga más inocente y peligrosa todavía: una mujer frustrada. Imperaba, además, la primavera y el aire ondulaba cargado de polen. Una reacción en cadena se apoderó de Villabruna.

Aquel, aquel primer domingo de abril de 1917, aquella tarde redonda y perfecta, erguida sobre la mañana santa, sobre las preces en los conventos de monjas, el incienso y los cánticos de la misa mayor, la ceremonia social a la salida, reconociéndose mutuamente, pasándose revista para corroborar una vez más la estabilidad del social dispositivo. Y nadie apreció ni un fallo. Llevaban sombrero de Madrid exactamente las tres señoras a quienes correspondía y ni una más; guardaban los caballeros la debida jerarquía en todos los detalles de barba, bastón, cadena de reloj, botines y guantes. Se prolongaba en los niños de tal modo la observancia del Orden, que podía predecirse cuáles acabarían casándose con cuáles, solo con percibir la contradanza de las familias al irlos emparejando. Como los insectos —¿y qué sociedades más perfectas que las de insectos, tan admirablemente ordenadas por la Divina Providencia?—, todos aquellos seres se tantearon con sus antenas y se reconocieron firmes e imperturbables en sus puestos sociales. Así tranquilizada, la gente bien de Villabruna se encaminó paso a paso hacia la Alameda, dio las vueltas consuetudinarias, se dejó entibiar por el sol que filtraban las frondas, pasó por la confitería del Globo —*El Globo de Oro*— o por la de Martínez, según el rango de cada cual, y se retiró a sus casas para el seleccionado almuerzo dominical. El reloj del Orden funcionaba con toda su respetabilidad.

Todavía por la tarde no había pasado nada, y una grieta cualquiera resultaba insospechable. A las cinco el sol estaba en su sitio, acabando de bañar a la villa en un aire tibio y dulce, alcanzando a los atriles en el quiosco de la música, donde los profesores empezaban a disponer sus partituras

e instrumentos. A poco echaron a volar las primeras escalas de ensayo en el clarinete o el flautín. El público empezó a ocupar sus puestos y don Leonardo, el canónigo, paseando alrededor como siempre, admiró una vez más la perfecta disposición del orbe en el concierto. Ptolomeica era, en efecto, la sucesión de círculos concéntricos: templete central, creador de la música; señoras y caballeros en las primeras sillas; público más mezclado en las siguientes; periferia de niños y, más allá, cometas errantes que se detenían un momento y pasaban de largo. «¡Hola! —notó el canónigo—, ¿cómo está doña Evangelina sola en un banco, en uno de los paseos exteriores, de espaldas a la música y no en el más interno círculo de sillas?».

Frunció el entrecejo don Leonardo ante el Orden alterado, pero pronto se dio una explicación. Junto a la dama jugaba al pequeño Adolfito, hijo de una lejana parienta de doña Evangelina y muy propiamente vestido de marinero, el dorado nombre de *Lepanto* en la cinta de su gorra. Así es que don Leonardo pasó tranquilo, saludó a la dama quitándose la teja y ni siquiera siendo su confesor pudo sospechar que todo era al revés de su pensamiento.

En efecto, la dama no se había alejado del templete porque la arrastrase el niño en sus afanes de juego. Al contrario, ella misma había alejado a Adolfito de la niñera, usándolo como pretexto para estar sola y lejos, todo lo sola y lejos que cabe en una dama de su rango, esposa del director del Instituto. Sola y lejos quería estar porque aquella tarde, como si le hubiera sentado mal la comida (¡ay, pero no era eso!), sentía en la boca del estómago una bola penosísima. Al final del almuerzo advirtió que iba a darle algo y se lo dijo a su esposo. Don Rosendo sonrió ante tales aprensiones en una sanísima mujer de veintinueve años y, como en ocasiones semejantes, lo achacó a fantasías femeninas y se levantó de la mesa para su cotidiana siesta, sin la cual no se recobrarían las células grises de un cerebro largos años consumido en los meandros de la Retórica y

Poética. «Me voy a morir», pensó entonces la abandonada y, aun sabiendo perfectamente que no, la mera idea agigantó su angustia y se miró al espejo de pronto, segura de que iba a encontrar un rostro agarrotado por el miedo.

Pero su aspecto era el de siempre. La angustia se cebaba en otra cara, la de dentro, la del envés. Evangelina comprendió que estaba sola, que si se acercaba a sus amigas en la Alameda no podría repetir las palabras de todos los días, sino que de pronto rompería a llorar, a llorar y a llorar. Sería una vergüenza en pleno parque, se pararía la música, la miraría el capitán director de la banda, con aquellos bigotes. Un verdadero escándalo: jamás había ocurrido, se hablaría un año del asunto. Pero el Orden impide quedarse en casa un domingo de primavera por la tarde —hay que agradecer a Dios el buen tiempo— y entonces se le ocurrió ampararse en el niño (Adolfito encantado, a la tía Eva siempre le sacaba caramelos a la vuelta) y así se refugió la dama en el paseo exterior, donde no era necesario hablar.

El paso del canónigo, tan alto en su sotana, tan fino y educado siempre (de buena familia segoviana, su madre una señora), fue una llamada al Orden. Estuvo doña Eva por levantarse y hablarle, pedirle confesión, consejo, algo, pero el sacerdote pasó un poco deprisa, como respetando aquel alejamiento. Ni siquiera se detuvo con Adolfito más de lo indispensable para que el niño le besara la mano, como enseña Carreño. Hubiera querido ella decirle algo, porque en el confesionario don Leonardo nunca se reía de las íntimas desazones femeninas, nunca quitaba importancia a las inconcretas ansias de su penitente. Al contrario, escuchaba con atención y, al poner un nombre a tales inquietudes, las disipaba más fácilmente. Doña Evangelina creía estar oyéndole mientras le veía alejarse por el paseo: «Son escrúpulos, pelusas de un alma sin tacha que aspira a volar más alto, hija mía». O bien: «Esas ansias son el peso de las cadenas del mundo, la tristeza del alma que quisiera ya elevarse toda libre en su perfección. De un alma privilegiada (y